

LETRAS Y ARTES

Las que tocan a Santa Catalina

En la reciente fiesta de abolen- go parisién, el dulce poeta Francis Jammes, ha escrito el siguiente artículo inspirado en una tradición que siguen fielmente las midinettes francesas.

¡Oh, bella santa, que no habeis querido desamudar vuestra cabellera para las bodas humanas! proteged, sin embargo a las vírgenes que han llegado a su vigésimo quinto año, sin haber visto venir a aquel a quien hubieren dado tan de buena gana su corazón y su fe.

Muchachas que estáis hechas para arrullar a los niños en vuestro regazo con el ritmo que observaba yo en una de las más soberbias de vosotras, el ritmo poderoso y tranquilo de la ola, ¿esperaréis en vano un marido y un hogar?

Ciertamente, sois jóvenes todavía y no sin gracia tocáis a vuestra patrona que consiste y sourie, sentada sobre uno de los pétalos de la zona de Dante, que simbolizan los sifidos de los elegidos.

Sin duda habeis notado, en la nuca flexible, el triple collar de coral que acusa los tres brazos con que el verdugo hirió a la santa sin poder renatarla.

Tal es la joya única con que se adorna esta esposa de Jesteris.

Sabe ella que no os comprendría ese demasiado sencillo aderezo de una mártir; pero como es buena, mira las heridas ligeras de vuestros corazones ya humillados por el celibato y, sabiendo que nada hay de despreciable para una privilegiada del Señor, se conduce de ello y ruega porque la angustia acabe, si tal es la vía de vuestra salud.

Hijos a quienes tanto he amado, a quienes amo todavía, desde mis primeros cantos del alba, y que, aún en mi ocaso, venís a mi jardín a proyectar en la arena vuestros rostros ágiles y transparentes al lado de la noche que veo extenderse ante mí, os admiro y os compadezco por el porvenir que he así preparado el Dios Progreso, el que no es de modo alguno aquel dulce Huesped de las bodas de Caná. Este había instituido el matrimonio de tal manera que bastaba para recibir el sacramento, sacudir en el hogar alegría ceniza y lágrimas, y tenderse la mano.

Acaso vemos aún esas costumbres en el campo pastoral del país vasco, en esas granjas situadas cerca del Cielo, colgadas como aguiluchos que ya levantan un ala para emprender el vuelo hacia el infinito. Allí un suelo cubierto de helecho seco y el pan cotidiano ganado con el sudor de la frente, bastan al amor. He visto esos novios bajar las pendientes arcillosas de su montaña, cogidos de la mano, y la muchacha mezclar su sonrisa a la zona que el mozo le había dado; y a éste no tener otros tesoros sino sus ojos, que se encandian como estrellas en los ojos de la otra. ¿Qué les importaba, para el porvenir, una seguridad que ni sus padres ni ellos han conocido? En ese reino de los humildes se nace al canto del gallo, se hacen las bodas cuando el cantar y la olla gruñen al mediodía, se muere cuando la luna comienza a blanquear el sendero, y se promete el uno al otro el gran arbusto de lilas común, ciertamente el más hermoso, hace hervir su cascada oloro en los muros medio derrumbados, del huerto.

Pero vosotras, muchachas a quienes las circunstancias han hecho así, a veces de un noble origen, o simplemente burguesas, pero con ese ingenio afinado tan pronto conquistado por la francesa, y que se hace ya sentir en una "midirette", vosotras, no podéis las unas ni las otras, casaros con uno cualquiera. Y son raros los partidos, atendiendo a la carestía de la vida, que quieran encargarse de vosotras, las que no tenéis dinero.

La palabra está dicha en toda la brutalidad. No os dé vergüenza de ello, oh amigas mías. Sois, en la mayor parte cristianas. Algunas de vosotras, después de haber tocado a Santa Catalina, creéis pronto o tarde realizarse el voto de ofrecer a Dios en sus cestos balanceados, hermosos frutos humanos. En cuanto a las otras, a quienes venero por adelantado, y a quienes ofrezco una corona, que trenzarán con laureles cubiertos de lágrimas, ceñirán la larga túnica y con la lámpara de la Virgen prudente en la mano, derechas como los blancos pilares de la iglesia, esperarán al Esposo que no las ha de traicionar.

FRANCIS JAMMES

Una valiosa aportación a los estudios sobre el léxico murciano

Este libro que acaba de lanzar al público el catedrático del Instituto don Pedro Lemus, y Rubio, nos trae una sensación agradable. Recuerda que el lenguaje panochero también se va, contando cosas de la Murcia de antaño, llenas de contenido regional, de valores propios. Obliga a pensar que cada día desaparecen voces y modismos y refranes, porque los aires nuevos se filtran hasta los rincones más escondidos de la huerta, y cambian el léxico y castigan la fonética genuina. Una barraca ya es cosa difícil de hallar; unos zarzuellos o un delantal de lentejuelas, imposible, salvo en el fondo de un arca, como reliquias veneradas de las generaciones extintas.

Hoy el huertano viene al cine en auto, y conoce los ademanes y los indumentos, y hasta si se terciar, el idioma de Joan Crawford y el de Maurice Chevalier. Si, hay que apresurarse a recoger esos tesoros que aún quedan por ahí, para que al menos permanezcan así, tal vez ya con la consagración de su arcaísmo, que es tanto como el re-

conocimiento de su muerte, pero liberados del olvido. Por eso, junto con la piznada de melancolía que el libro de don Pedro Lemus produce, está el consuelo de que ha realizado una obra buena. Y tiene más valor que sea un hombre de otras tierras, identificado ya con nosotros, es verdad, y acreedor al calificativo de murciano, por estos méritos, pero más digno aún de reconocimiento.

Carece de las pretensiones de un vocabulario completo, esta obra. Por eso su autor la ha rotulado "Aportaciones para la formación del vocabulario panochero"; y ofrece cada una de las palabras con sus respectivas autoridades, que son los más caracterizados cultivos de nuestra forma dialectal huertana, en la literatura, o los que antes publicaron colecciones de voces pertenecientes a ella. Además, nos dice el autor en el prólogo que transcribe también lo hallado en la conversación con los habitantes de la huerta. Nosotros esperamos que no abandonará esta labor de investigación, y que sabrá superarla todavía, tal vez si-

guando un procedimiento más curioso del origen directo, menos apegado a lo que la erudición o las letras se asimilaron. Así, podrá prescindir de los diminutivos—scmoliquia, canastiquio— todos ellos formados conforme a reglas fijas, y de ciertas contracciones—abrosté—que se hallan en el mismo caso. De igual manera hará caso omiso de palabras que los romancistas empleaban forzando un poco el léxico, para incorporarlas a él, pero que no tienen razón de pertenecerle, puesto que representan ideas que le son ajenas, como abroquin (adoquin). Algunas nada tienen que ver con la fonética huertana, y que ignorancia, empleada por Joaquín López.

En cambio, hallará facilidad en el hallazgo de primitivos por el camino de los derivados—desde empastados a pastasmas o viceversa—y de correspondientes a muchas conocidas—panochero, jote, arriboto.

Conste que estas observaciones no son para el autor, que no las necesita, y que explica satisfactoriamente su labor, en la cual ha presidido un criterio de aportación documental, para que sobre ella actúe la crítica. Sin embargo, es preciso ya ir a algo en que el esfuerzo subjetivo vaya depurando la materia investigada ante el peligro en que nos hallamos de una liquidación indefectible. Don Pedro Lemus, que ha hecho lo más, hará lo menos desde ahora. Compilará sus papeletas del dialecto panochero, contrastándolas con la realidad.

Para esto no le auguramos un éxito de resonante popularidad. Por desgracia son ahora escasas las personas a quienes mueve un desinteresado cariño de la tierra y de sus cosas. Pero en la minoría selecta, no dude que ha-

MOMENTOS

En el vértice de todas las latitudes, yo, firme y solo, frente a mí mismo, espero al viento.

Al fondeadero de las luces, se va el alma, vestida de novia, con el azahar de su querencia prendido en un chispazo de luz.

La ciudad, como un ascua marchita, retrocede ante el campo de los lirios tibios. Comienza la lluvia de nardos en el campo azul y sonoro.

Todas las golondrinas, una a una, están llamando con su báculo suave a la primavera tardía. Todas, en línea de batalla, suspiran rumores de aleros.

El sol, limón del infinito, se ha echado a rodar por las montañas, mojadas de niebla enjuta. Y por no colgarse de ellas, tiende su vela hacia Occidente, puerto de todas las tardes.

Se está celebrando el bautizo de tres estrellas nuevas. La luna, madrina eterna, se olvidó la toca. (Pero tomó un halo blanquiverde para prenderlo con hebras de cantares.)

La carretera se marcha entre olivos recién casados. Va borracha de vueltas y fatigada de repechos. Hasta el cielo va a llegar...

Retozón y tierno, como una espuma, está el mar. Caminito de mentiras para el balandro del desce. Ferrocarril de los peces como sierpes. Bogando hacia no sabe dónde, se va por la playa blanda.

Y en la aldea, la soledad de una campana mustia, con su gorjeo hueco, es la trompeta de la noche...

(En mi latitud, falta el viento a su cita)

JOSE SANCHEZ MORENO

guando un procedimiento más curioso del origen directo, menos apegado a lo que la erudición o las letras se asimilaron. Así, podrá prescindir de los diminutivos—scmoliquia, canastiquio— todos ellos formados conforme a reglas fijas, y de ciertas contracciones—abrosté—que se hallan en el mismo caso. De igual manera hará caso omiso de palabras que los romancistas empleaban forzando un poco el léxico, para incorporarlas a él, pero que no tienen razón de pertenecerle, puesto que representan ideas que le son ajenas, como abroquin (adoquin). Algunas nada tienen que ver con la fonética huertana, y que ignorancia, empleada por Joaquín López.

llará un eco muy grato de admiración y de estímulo. Y tendrá, además, la noble esperanza de haber preparado cauces al porvenir, a un mañana que muchos sueñan, y que llegará, ciertamente, en el cual la juventud libre de estas mieles que hoy sólo unos pocos hombres maduros elaboran.

Pero aún cuando ahí sólo quedara el trabajo de don Pedro Lemus, es suficiente para que tenga derecho a entrar en todas las bibliotecas de los buenos murcianos, y fuera de aquí, en las de quienes se dedican a estudios de lexicología. Y debe entrar con todos los honores.

Boletín del Instituto de las Españas

El número nueve de esta importante revista mensual, órgano del Instituto de las Españas de New York, impreso en admirable papel cauché, contiene un interesantísimo sumario.

"Significado de España en América", magnífico artículo de Gonzalo Zaldumbide sirve de fondo y le sigue otro no menos interesante de Federico de Onís en el que bajo el título de "La literatura de hoy" se ocupa de Arturo Torres Riosco, poeta y catedrático chileno, con ocasión de su último libro "Ausencia".

Luego, ocupando varias páginas, una larga sección de comentarios bibliográficos; actividades del Instituto; Sección escolar, y una canción española de F. de Onís y E. de Torre.

Cierran el sumario una sección de Notas varias y una exposición de la organización del Instituto.

ACTUALIDAD LITERARIA

"Cazador de sombras", por Julio Bernácer. — Editorial Juventud. Barcelona.

Julio Bernácer, escritor en "Informaciones", nos ofrece en este su último libro, esa verdad amarga y dura de la vida. Admirable visión. Claro que se nos ocurre preguntar el porqué hacer la vida tan triste cuando existen esos paisajes tiernos y melancólicos, esos rincones amados, esa tradición familiar que nos habla de otros días y otras horas que, si diferentes a las actuales, no peores ni superables.

Julio Bernácer es antes que escritor, periodista. Y como tal se ha entusiasmado y se ha envenenado de ese morbo que refleja la figura de su protagonista, Agustín Ribalta.

En alguna de sus correrías recientes — Marruecos, Palma, Bélgica — le han contado esta historia, hermosa, e si, por su fondo de abnegación y heroísmo en ese mirar al Destino y enfrentarse con él y querer moldearlo como él cree que debe ser la vida, y ha escrito con la agilidad y soltura que nos tiene acostumbrado, bien desde las columnas de esa nave patriota donde colabora, bien en sus libros "La novela inabarcable", bien en su poesía, donde canta el "Mediterráneo" y donde pone de relieve su condición de levantino.

Quizás sea esto lo que haya influido "en ese desarrollo de "Cazador de sombras", porque imaginación tan sorprendente no se halla al alcance de cualquier escritor de otro lugar.

"Cazador de sombras", con su pesimismo desgarrador en que transcurre la vida de Agustín Ribalta; con sus inquietudes espirituales, donde a veces se encuentra defraudada ante el horizonte prometedor de caminos sembrados de flores, y otras la misma sencillez que acaso soñara, va desliziándose la interminable procesión de sus horas...

Su final es conmovedor por su belleza. Ese adiós a toda una vida de abnegación, de luchas, de sacrificios, de mirar en el reloj la hora que indica, el minuto que se aleja, como se pasa la vida ebrieta de Ribalta el protagonista; sin ruidos, en silencio, como se nos fue aquel gran hermano enamorado de "Oleza", el levantino universal Gabriel, "el del Obispo leproso", a cuya divina memoria ha dedicado Bernácer este libro nuevo que, editado como la "Editorial Juventud" sabe hacerlo, nos llega para hacernos ver que no todo en el mundo es bello y que, tras la sonrisa acogedora y ubérrima de promesas, se encuentra agazapada la ironía y el sarcasmo más aterrador. — L. P.

Hijos ilustres de Huéscar y Pueblos Comarcanos, en el siglo XIX, por Bruno Portillo.

Estas obras que tienen su inspiración en el cariño a la patria eñica, aun cuando pretendan ser impasibles aportaciones históricas, se elevan en alas del fervor, a una esfera deliciosamente sentimental. Con ellas se define un horizonte, se crea la conciencia de un paisaje, se elabora la sustentación espiritual que nos mantiene asidos a la tierra propia, para que se grabe en nuestras inteligencias, a la vez que en nuestros sentimientos, el nombre sagrado de España. Bruno Portillo, autor de muchas obras de amena literatura, ha reunido en esta colección de biografías de oscenses ilustres, un rami-

lete de ejemplaridades. Más de un contemporáneo nuestro evocará con ellas, tiempos pretéritos, envueltos en la romántica niebla de la adolescencia, o resucitados en relatos que hace lustros corrían por periódicos o tertulias. Figuras como la del guerrillero Villalibos, pertenecen a la gloria nacional. Otros como el célebre Carreño, son fuentes de un anecdótico entrañable, ya desviado a los campos de la fantasía, en muchas ocasiones. Otras, como la del general don César Portillo, han alcanzado los primeros lustros del siglo actual. Muchos murcianos recordamos la prestanda del valeroso hombre de armas, y su rostro enérgico, realzado por la nieve de unas barbas candalosas.

La obra exhala como un simpático aroma de devoción al lugar de donde salieron estos varones ilustres.—B.

"La Alhambra", por Fidel Fernández. — Editorial Juventud.

Este libro es, desde luego, una descripción detallada, minuciosa, de esa especie de paraíso terrenal que fue la Alhambra bajo el dominio de los árabes; la descripción más completa, más concienzuda, más amorosa, de cuantas hasta ahora se han hecho. De mano del autor, recorremos uno por uno (deteniéndonos con embeleso en todos sus pormenores) los regios aposentos del maravilloso alcazar y de sus edificios anejos o accesorios, sus patios, sus torres, sus jardines, dando finalmente la vuelta al polígono defensivo que cercaba la morada real con sus veinticinco torreones y dos mil doscientos metros de muro con adarve, desde donde contemplamos íntegramente el inefable panorama granadino.

El autor hace también algunas atinadas incursiones por los dominios de la Historia para desvanecer legendarios errores sobre hechos y personas, velando por los fueros de la justicia y la verdad; señala los principales despojos, profanaciones y vandalismos de que fue víctima la joya arquitectónica; vierte bellamente al castellano multitud de las inscripciones poéticas grabadas con profusión entre los alifrangados arabescos, y dedica un cumplido capítulo a la cultura mora, destruyendo la leyenda de que la España árabe fue ruda, inculta y grosera, y demostrando documentalmente que la cultura y la civilización de los árabes fueron muy superiores a las otras de aquel tiempo, llegando el árbol de las ciencias al más alto grado de esplendor bajo la protección de los sultanes.

Partiendo de la apoteósica entrada en Granada de Yusef III (el hasta entonces "Infante desterrado"), para su elevación al trono y subsiguientes ceremonias y festejos, va trazando el autor una serie de magníficas y vívidas estampas alhambrenas que evocan soberbiamente pretéritas gestas arábigo-granadinas, o escenas de aquella vida refinada y sutil que tenía por marco el palacio de ensueño, desentrañando a la par el alma mora con agudos atisbos psicológicos.

Libros recibidos: "La nueva ciudadanía", por el Conde de Rodríguez Sampedro. "Un hombre de 30 años", por Manuel D. Benavides.

3. 1-1322 POETAS ESPAÑOLES

Alejandro Collantes de Terán



Recientemente—el día 27 de junio—Sevilla perdió al poeta que más en alto, y más gallarda, iba levantando bandera desde su suelo del Mediodía en el campo de la lírica española. Era e te abandonado de la poesía sevillana, Alejandro Collantes de Terán. Y para izar el glorioso signo con el empuje de sus versos, había puesto en ellos todo el ritmo de su alma que comprendía y compendaba, a su vez y enteramente, la armonía luminosa, apasionada, fina, sutilísima, sentimental y alegre a un tiempo de Sevilla: que siendo la Sevilla tradicional, era joven en primavera nueva por virtud y por arte del amor que su poeta le tenía. Sevilla siempre novia, estaba viva y renovada en cada una de sus estrofas; en el espíritu de ellas, perfume, cancinó y gracia de Andalucía.

"Haz y brecha la curva de tus andares, la niñeta del ojo pie de cantares; prima melada, de una cuerda de luna bailas colgada.

Marimóna de risas forman tus dientes; se te escapan los sustos por los cohetes; talle quebrado, madrugada de luces, clavel del Prado."

Había nacido Alejandro Collantes en 1901. No contaba, pues, más que treinta y dos años cuando bruscamente se le hundió la vida en lo oscuro de las eternas sombras. Y su despedida de Sevilla la hizo en una de aquellas calles estrechas, íntimas, silenciosas, donde las pisadas sobre las anchas losas adquieren fuerte sonoridad y el cielo es la cinta azul de un río con la ribera embellecida por el rizo de los aleros y las flores de las ventanas altas. Calle de la Gloria, vecina de la plaza de Doña Elvira, que fue siempre uno de los lugares predilectos y más amados del poeta. En marzo de 1924, y en una publicación sevillana—"La Novela del Día"—apareció una bellísima narración de Collantes, que de ciento estudiantil la calificaba, en cuyo prólogo decía Joaquín Romero Murube: "Dos motivos de fino prestigio sentimental marcan hasta ahora los valores temáticos de este escritor: la inquietud nostálgica de la estudiantina—gracia de la juventud—y el hechizo de los barrios viejos, de los jardines y las plazas silenciosas; gracia de la ciudad.—Y añáda luego—"Pocos como Collantes han sabido distinguir esa artista difícil que separa a la Sevilla vana de los arrequives y farolillos, de la Sevilla de la gracia fina y sutil. Collantes ha sabido llegar al alma de la ciudad con la suficiente disciplina sentimental—arqueológica, para no incidir en el artificio ramplón y adocenado."

Aquella novela de Alejandro Collantes lleva por título "La Plaza de Doña Elvira", y por sus páginas discurre un aliento de emotividad extraordinaria. Es un admirable exponente de horas sevillanas, vividas en gustoso recreo de enamorado; sin más acción que la contemporánea, ni mayor dinamismo que el del espíritu en comunión constante con la ciudad. Gracia de la juventud y gracia de las calles amadas; ideal y místico peregrinaje a través de ellas, enseñándose a querer más cada día los miradores, los azulejos, las cancelas, los patios, cada rincón y cada muro. "...Tomaron los amigos la calle de la Sisona y pasan ante el zaguan de un patio adornado con hiedras, geranios y cintas. Más adelante, sobre una ventana, un azulejo reza: "De la Condesa de Jelves número 93", vestigio de un lejano poderío. Doblán la calle, que ahora aparece cubierta por un dosel de rosas. Las ramas del limonero de un jardín vecino están llenas de flores. Al fondo las clásicas Hospederías de Santa Cruz, en cuyo balcón central hay dos gradillas llenas de macetas y un retablo antiguo que tiene, en letras de oro, el rótulo de la morada. El escudo es un jarrón de lirios, cuyo tallo central termina en cruz. La calle del Agua canta su eterno romance cristafino, remedado por la fuentejilla de azulejos en las Hospederías.— Por la calle de la Vida, o por las calles de la Sisona, de la Gloria y de la Pimienta, se llega a la plaza de Doña Elvira: "plaza amable—contaba el poeta—por sus bancos de azulejos, su fuente de mármol rosa y sus casas castizas". Y el alma entera de la ciudad alienta verdadera en los ámbitos del callado barrio de Santa Cruz, para ser centro de la vida pura y emocionada del artista; inspiración para sus versos, estímulo para sus esperanzas, gala de sus entusiasmos. ... Yo guardo, entre los queridos recuerdos del poeta, una estampa que reproduce la Cruz de la Cerrajería en la plaza de Santa Cruz, y en cuya estampa la letra ya perdida del amigo, trazó una nota íntima: "Este es el

centro del barrio de Santa Cruz. En el centro de la cruz, un corazón; mi corazón en el barrio de Santa Cruz."

En aquellos contornos—calle de la Gloria—culminó también, y finalmente su dolor: su tristísima despedida de Sevilla, "en un día bonito de verano". Sevilla perdió un gran poeta, abanderado legítimo de su lírica en los espacios de la poesía española, y esta bandera, que tan en alto y tan gallardamente, quedó plegada para siempre; sin aire para sus vuelos y sin luz para aquellos tres colores con que el poeta la soñara y dijese en uno de sus versos:

"...Bandera de Andalucía, si yo te hiciera, estos tres colores te pintaría: azul del cielo, blanco de la tapia y amarillo del albero..."

La labor realizada por Alejandro Collantes de Terán, además de meritoria, ha sido intensísima. Todas las revistas que marcaron desde 1925 el renacimiento de nuestra lírica, publicaron trabajos suyos: versos bellísimos, dedicados, que reflejaban la aristocracia de su espíritu, y trozos de prosa perfectamente construida. Aquellas revistas inolvidables—"Síntesis", "Verso y Prosa", "Papel de Aleuyas", "Medio día",...—convirtieron y guardan, para los dichosos que acudimos a coleccionarlas, ejemplos claros del arte del poeta; ejemplos que si antes merecían la admiración, hoy significan el sentimiento que produce todo lo muy amado que ya se ve irremisiblemente perdido. Colaboró también en "El Noticiero Sevillano", "El Correo de Andalucía", "El Liberal", "Blanco y Negro", "El Sol", "Heraldo de Madrid". En 1926 publicó un libro—"Versos"—, pequeña joya que brilla en la totalidad de su obra con fulgores intensísimos de juventud; en 1931, una Antología de canciones y romancillos populares—"Nochebuena"—en forma de cuaderno de felicitación con ilustraciones de él mismo. Y se hallaba preparando nuevos tomos de poesía, y una Biografía de Pedro Antonio de Alarcón; todo ello alternándolo con charlas y conferencias literarias, en que prodigaba su ingenio y su cultura.

Con una de sus cartas, me transcribió cierta vez varios párrafos de otra que había dirigido Arturo Gazul desde Ginebra, en 1927, a Rafael Porlán. En estos párrafos se habla de Alejandro Collantes, de su bondad y su pureza. Los he releído ahora, y he podido advertir al final de ellos una especie de triste profecía: "...Lo vería—que no lo veré—en el más bajo mundo, y me parecería siempre el Niño Perdido y creería que la Madre lo aguardaba a la puerta y que no lo llevaba al prostíbulo sino una misión redentora. Si, sus manos y sus ojos son de Jesús Niño Jesús. Cuando llegaba al café, era como si entrase en el templo a discutir infantil y luminosamente con los doctores de la ley. No creará sino en estética, y así se nos irá a la gloria el día menos pensado."